

# Memorias



## de un gigante

**E**n el inolvidable Puerto Limón nace un niño más, como los miles de todos los colores –indios, negros, jamaicanos, gringos, criollos, chinos– que juegan en el tajamar, inhalan por todos los poros el aire salobre, bucean en una tibia pocita, perecean en las aulas y se atiborran de

verde en la selva, cumpliendo el sagrado rito de la infancia.

Es el comienzo de Los azules días autobiográficos de Joaquín Gutiérrez. Se prolongarán en San José, y el recuerdo va rescatando paisajes y experiencias que habían quedado desdibujados por la distancia: las efervescencias sociales, el ala izquierda estudiantil, la repercusión de la guerra civil española, las tertulias en casa de Carmen Lyra. Y a partir de la anécdota, cobran vida personajes claves de nuestra historia.

El tiempo corre y un 21 de setiembre, justo cuando llega la primavera, deja a Joaquín a las puertas de Chile. Es 1939 y acaba de cumplir 21 años. La vida está por delante.

Los azules días es una forma placentera de acercarse al desarrollo de nuestra cultura, de nuestra identidad, de nuestra historia.

Editorial de la  
Universidad de Costa Rica

*Joaquín Gutiérrez logró entrelazar la historia de su vida con la de Costa Rica en Los azules días, un sabroso compendio de anécdotas que evocan el rico pasado de una y otra. Este es un extracto.*

## UN CHIQUITÍN CON SUERTE

Voy a contarles en pocas pinceladas, como quien cuenta un cuento, la aventura histórica de un país chiquitín, con solo 50.000 kilómetros cuadrados, tres millones y un sorbo de habitantes y cierto renombre como único país en el mundo en donde el ejército está prohibido por la Constitución y su equipo de fútbol fue una vez la gran sorpresa en un campeonato mundial.

Para ir en orden debemos retroceder hasta un acontecimiento telúrico que ocurrió hace varios millones de años, y nos ganó una primera mención en los "anales" del planeta.

Eran los días en que las dos Américas —del Norte y del Sur— aún estaban separadas y solo gracias a un cataclismo geológico, atribuible a la placa de Cocos (que por cierto sigue mortificándonos con tembloritos), surgimos del fondo de los dos océanos, como una especie de andarivel que las unió. No es cualquier país el que puede vanagloriarse como protagonista de semejante acontecimiento (...).

Otro gran hecho que nos ocurrió fue el tropezón de las carabelas de Colón con las islas del Caribe, que nos permitió nada menos que descubrir a los barbudos europeos (nosotros éramos lampiños entonces), que ya venían cometiendo fechorías por estos lares. (...) En Limón nuestros "descubridores" se aprovisionaron de agua, y al volver a España se llevaron con ellos, para amenizar el largo viaje, a cuatro núbiles inditas, más todo el oro que les regalaban, con gran complacencia, nuestros hospitalarios indígenas, minutos antes de que los españoles los quemaran vivos...

## MIS PRIMEROS CINCO AÑOS

La primera casa de Limón que recuerdo quedaba en un barrio popular a un par de cuadras de la iglesia. Acinturada por anchos corredores, tenía además un patio, cercado con latas de zinc, en donde el viento mecía un papagayo, un anono y un enorme "palo" de aguacates, que nos pegaba grandes sustos con cada "aguacatazo" maduro que dejaba caer en el techo de zinc.

En esa casa cumplí "mis primeros cinco años" y ese mismo día, muy de maña-

nita, me despertó un fenomenal estruendo. Papá, con su espíritu jovial de siempre, compró para festejarnos una rista de triquitraques y muy de mañanita la colgó frente a mi ventana y les arrojó un fósforo. (...) El estrépito parecía de fusilería, me despertó dando un tremendo salto y solo volví a respirar cuando papá se asomó riendo por la ventana.

Y tal vez como recompensa por el susto me regalaron un velocípedo, color rojo furioso, el mejor juguete de mi infancia, con el que me dediqué a dar inacabables vueltas y revueltas por los corredores, tantas que en línea recta podía haber llegado hasta Tombuctú, lugar ubicado en las antípodas y poblado —así me lo imaginaba— por unas nativas de enormes traseros y vestidas con las hojas de árbol de la fruta de pan.

En cuanto a mi velocípedo me es muy difícil calcular la enorme importancia que tuvo en mi vida. Sólo les puedo decir que me independizó de los juguetes con mi hermana —la cocinita y las muñequitas— y me permitió recorrer los mundos imaginarios que ya bailaban en la cabeza de quienes tuvimos la suerte de nacer junto al mar y de jugar con los meridianos como si fueran serpentinatas.

## SAN JOSÉ

(...) De ese barrio de La Merced tengo vivo el recuerdo de mi primera "novicita". Era solo un par de años mayor que yo, ¡y para Nochebuena me regaló un moneditero de cuero con broche de oro en el que leía "14 kilates"! En esa ocasión rompí el chanco de barro con mis ahorritos y le regalé unos perritos de porcelana.

¡Oh amor de la niñez, tan puro y tan verdadero! Que además me hace recordarlo con dulzura, ¡después de largo medio siglo!

En ese barrio también recuerdo a los talentosos hermanos Freer, fabricantes, entre muchos otros oficios, de los gigantes de las fiestas cívicas y en cuyo taller me inscribió papá como alumno y recibí con ellos un inolvidable curso de trabajos manuales (...). Pueden imaginarse lo que sentí, muchos años después, cuando vivimos con mi familia en Pekín, y en una ocasión descendimos en barco por el Yang-Tse-Kiang y pude ver, idénti-



A sus 82 años, don Joaquín Gutiérrez sigue tan vital y energético como siempre.

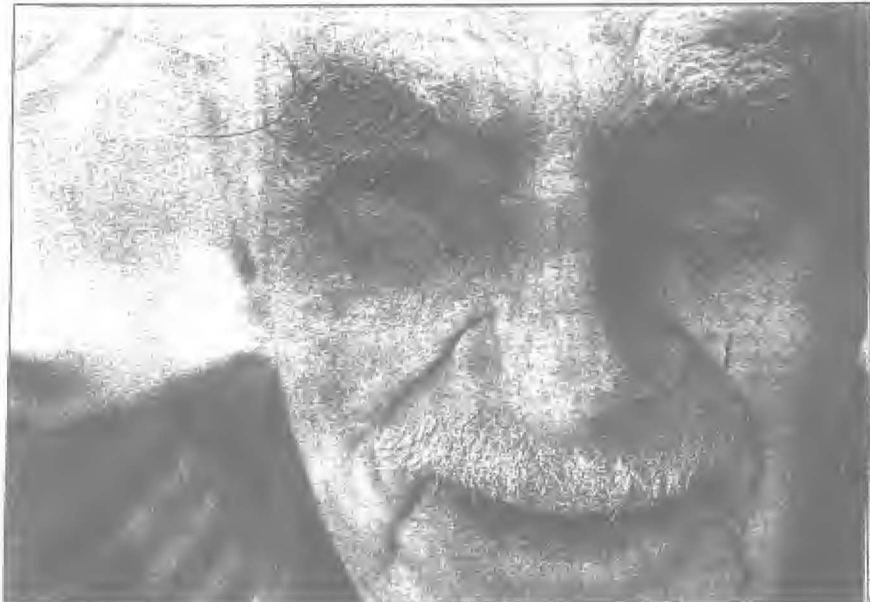
cos, los inverosímiles paisajes que aprendí a pintar con los hermanos Freer.

## UN ESCOLAR JOSEFINO

Cuando vinimos de Limón a San José, entré a estudiar en la escuela La Dolorosa, en donde para ingresar me hicieron un examen y, gracias a que mamá me había enseñado las cuatro operaciones, me salté el primer grado y entré de una vez a segundo. De ese año, el recuerdo más nítido que guardo fue la visita que realizó, por todos los países de América Latina, Charles Lindbergh, el primer aviador norteamericano que cruzó, en "El Espíritu de San Luis" —así bautizó a su avioncito de una sola hélice—, el océano Atlántico. Ahora, como héroe mundial estaba haciendo una gira por América Latina.

Cuando vino a Costa Rica, no había ni un solo edificio entre nuestro ventanal de la escuela y La Sabana, de modo que pudimos ver a Lindbergh muy clarito aterrizando.

Toda Tiquicia se enteró de que el gringo era más sin gracia que un bostezo de mudo, nada parecía entretenerlo y menos entusiasmarlo, a pesar de que sus anfitriones se esmeraban solícitos en mostrarle nuestros volcanes, las carretas pintadas y la Virgen de Los Angeles —hasta Carágo lo llevaron— y le dedicaron además una corrida de toros a la tica. Allí vino lo lindo: un torete enganchó con un cacho el cinturón de un campesino medio jumo que se había metido en la plaza dándose las de torero y, al salir escapando del toro, se le cayeron los pantalones a la vista de todo el público.



Patricia Ugalde / La Nación

Las anécdotas de don Joaquín con Carlos Luis Fallas, Manuel Mora, Francisco Amighetti y Max Jiménez ocupan capítulos completos de su nuevo libro autobiográfico.

Aquello pasó a ser el único éxito que tuvieron los organizadores en sus intentos de entretener al gringo, y para todo el país fue una diversión y un alivio verlo doblado de risa cuando el pobre campesino salió corriendo con el culito al aire...

### EL PRIMER GRAN PERSONAJE QUE CONOCI

Una mañana cualquiera estaba solo bartoleando al pie del muelle, cuando de pronto vi que venía corriendo una mujer alta y delgada con pantalones y un gran sombrero de paja, delante de un grupo desordenado que la perseguía con gran algazara. Al llegar al muelle la mujer entró, me pasó al lado casi atropellándome y yo, de puro novelero y sin pensarlo, me eché a correr detrás de ella, por la línea del tren, a todo lo que me daban las piernas. Corrimos los dos a la par a lo largo del muelle, hasta que al fin llegamos frente a un barco lujoso de turismo; del barco lanzaron una escalerilla de mano y ella trepó como una ardilla. Arriba, un oficial la ayudó a subir y ella entró en uno de los camarotes justo en el momento en que llegaba el pelotón de perseguidores.

Entonces el oficial, en su agringado español, nos regañó a todos muy indignado, diciéndonos que desgraciadamente habíamos adivinado quién era y que era terrible ser reconocido por "people like you" -gentes como ustedes-. Que ella venía en una gira turística de descanso y había sido "very unjust and savage" que la hubiéramos perseguido (...) Solo entonces alguien dijo que ella era nada menos que la gran estrella de cine, la luminaria

de Hollywood, la famosísima Greta Garbo.

Fue, pues, nada menos que la super estrella del celuloide a cuyo lado yo había corrido cien metros, mirándola solo de vez en cuando y de reojo, porque correr saltando por durmientes no es nada sencillo. Pero no me van a negar que me gané un trofeo olímpico al llegar a la meta, y que viví una oportunidad única que todavía, unos 70 años después, recuerdo con gusto.

### UN UNIVERSITARIO FUGAZ

Ya graduados del Liceo, los cinco mosqueteros nos matriculamos en la Universidad, en la carrera de Derecho, en donde nos daban clases de Derecho Romano con cuchara grande, lo que encontrábamos un verdadero disparate porque, nos decíamos, ¿qué interés podía tener el derecho de un estado esclavista de hacía veinte años para venírnoslo a enseñar a ciudadanos del siglo XX en un país de América Central? Y para no perder el entrenamiento en huelgas revuelca-albóndigas que habíamos adquirido en el Liceo, al poco tiempo de iniciarse las clases presentamos un memorándum exigiendo que nos enseñaran más economía política y más sociología -a esta última en esos tiempos la miraban como "revoltosa" (...).

Pero la Dirección de la Facultad ni siquiera se dignó contestar nuestro memorándum (...).

Entonces redactamos una hoja suelta con preciosos argumentos incendiarios que considerábamos muy contundentes,

llamando a la huelga. Y al no encontrar acogida, la madrugada siguiente entramos a la brava en la Facultad, pertrechados de martillos, candados y clavos, para atrincherarnos en la Escuela de Derecho e impedir así que "esos desnaturalizados rompedueños" pudieran asistir a clases. Pero no habíamos terminado, cuando la policía entró por un ventanuco que no habíamos visto y tuvimos que partir detenidos, en medio de una ingrata rechifla del alumnado; a la Primera Comisaría situada al centro de la Plaza de la Artillería de entonces, en donde hoy está el Banco Nacional; es decir, en el mero cueirucho de la notoriedad.

Ha pasado muchos años, pero todavía "nos veo", como si fuera ayer, apretados como sardinas en una banca de palo frente al teniente de guardia, quien ocupado escribiendo en un librote sin alzar la vista, nos dijo que no hablaríamos ni cuchicheáramos mientras terminaba su tarea.

Es justo anotar aquí que nuestros sacrificados policías de esos años eran, en su gran mayoría, modestos campesinos descalzos que aceptaban aquel hueso por necesidad, porque esos toscos zapatones que les daban los hacían sufrir en un suplicio chino, ellos que "eran" descalzos, y sus suelditos eran en realidad misérrimos.

Allí estábamos esperando cuando entró otro policía sujetando del brazo a una desvalida mariposa nocturna -en buena prosa cervantina, una putilla- que se avergonzó mucho al mirar a nuestro distinguido grupo de universitarios encorbatados, acostumbra ella como estaba a encontrar allí tan solo a *chicheros* (alcohólicos) y raterillos.

-¿Por qué la traes? -le preguntó el teniente al policía. Y este, después de mirarnos de reojo, procuró ser muy culpipardo y contestó textualmente: -¡La traigo por prostipualcon lo que nos arrancó una estrepitosa carcajada. Y el teniente de guardia se enojó y nos dijo que allí nadie venía a burlarse, que ya lo teníamos atarantado con la habladera y que de nada le serviría encalabozarnos porque a los cinco minutos tendría enfrente a un figurón que no sólo nos sacaría de allí, sino que haría que le dieran a él un tirón de orejas por haber detenido a "muchachos decentes", y terminó gritándonos:

-Se me van de aquí ¡de una vez, carajo! ¡Y que no los vuelva a ver nunca más

por aquí, porque entonces sí que los pudro en el calabozo!

### CARLOS LUIS FALLAS

Hijo de un malagestado zapatero y una dulce campesina de Alajuela, era de hombros anchos y muy fuerte. Cuando lo conocí había tenido una notable participación, al lado de Manuel Mora, en la gran huelga bananera de 1934 contra la United Fruit Company, adonde años antes había ido en busca de trabajo. Y desde entonces gozaba entre los linieros de un gran prestigio por su rectitud, efervescencia y valor personal. No ocultaba un ligero menosprecio por los "intelectuales", considerándonos incapaces de las tareas bravas a las que él estaba acostumbrado, y llegando a veces, francote que era, a reprochárnoslo.

Era común encontrarlo en el local del Partido -allí incluso tenía un improvisado dormitorio (un colchón en el suelo)- o de visita en casa de Carmen Lyra. Exageraba su tosquead de un modo un poco infantil, para así dejar muy claro que él no era un "intelectual", afán este en que a veces se le pasaba la mano. (...)

Una de las veces que volví de Chile me dijeron que estaba en Alajuela, viniendo en la casa de "sus famosas tías". El partido le había dado tres meses de permiso para que allí escribiera otra novela.

Entonces fui allá a buscarlo y di con la casa. -¿Está Calufo? -

Sí -me contestó muy sonriente una viejita-. Pero pase adelante, debe estar en el jardín.

Me lo encontré en medio de dos rosales, sentado en una rica poltrona y leyendo con una escopeta en el regazo.

- Ay carajo, *Quincho*, qué desgracia que me encontraste - me dijo al verme. - ¿Y por qué volviste de Chile? Si

estábamos todos felices sabiéndote lejos.

Le encantaba simular grosería.

-Desgraciada será tu pobre tía abuela -le dije- que tiene que aguantarte de vago. Te manda el Partido para que escribas otra novela y no te veo ni un lápiz cerca.

- No jodás. Así les ayudo mejor a mis tías, las pobres tienen panales y se defienden vendiendo la miel, pero hay unos hijueputas pajarillos que se comen a las abejas en mero vuelo.

-¿Y qué?

Que yo así mejor la producción de miel para las tías, porque cada pajarillo de esos que veo me lo apeo de un tiro.

## LOS AZULES DÍAS

Este es el libro de Joaquín Gutiérrez, recién publicado por la Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Cuesta \$2.000 y se vende en las librerías Clara Luna, Nueva Década, Internacional, Motivos y Universal.



—¿Y eso es todo lo que hacés, gran vago?

Sí, porque ya tengo planeada una novela. Sólo me falta escribirla...

—Ah, menos mal que solo eso te falta.

—¡Dejá eso! Qué bueno que viniste, porque hace mucho que no voy de cacería. Todavía quedan venados por el volcán Barva y si algo me gusta en esta puta vida es la carne de venado.

—¿Y qué?

—Que te invito a ir. ¿Cuándo vamos?

—Bueno, pero es que yo...

—Ya vas a salir con excusas. Y nos va a dar hambre. Y vos tan grandote debés comer mucho. Y yo estoy *chonete*, sin un cinco. Y tenés que traerme una caja de tiros bala U, porque se me acabaron con las putas abejas. Dos cajitas mejor, para que vos también gastés haciendo blancos. Y una botellita de ron pa'l frío. Y claro que también algo para la masticar, porque arriba en el volcán el frío es del carajo y se le abre a uno un apetito bárbaro.

—¿Y vos qué vas a llevar?

—¿Yo? Ah, no jodás, *Quincho*, si seguís de tacaño no te llevo.

—Bueno, pero ¿qué vas a poner de tu parte? ¿Los chicles?

—No, el conocimiento de la ruta, porque si vos vas solo te pegarías una pérdida del carajo y a lo mejor hasta te caés distraído en el cráter y... (...)

Creo que nunca en mi vida, ni en el pasado, ni en el futuro, ni en el apodíctico sincrético, me tocó trabajar tanto como en un solo día de mi vida. Mi hermosa excursión se había convertido en una noche durmiendo, medio muerto de frío, en un suelo pelado, y en hacer de mula de carga, arrastrando unas cabronas ancas de un venado, hijo de la venada más reputa que ha habido nunca en todos estos meridianos. Pues en eso, y en nada más, por

suerte, consistió mi estupenda excursión de cacería con *Calufa*, para ir a ver el volcán Barva, que a final de cuentas tampoco vi porque estaba totalmente nublado.

Sí, sí *Calufa*, pero no te podés imaginar cómo te agradezco esa excursión (...)

Años después lo volví a ver en Moscú, le había salido una pelotita en la ingle y fue donde un médico amigo en San José, quien le dijo: "No me gusta tu pelotita. Yo que vos me la sacaría". --No puedo, tengo que irme para la Unión Soviética. Y si tengo que operarme, me opero allá".

Viajó entonces, primero a Cuba. Ahí tenía que verse con alguno de los altos. No era fácil conseguir la cita y se pasó unos tres días esperando. Allí se le abrió el cáncer y él mismo lo taponeó con papel de guáter "pa' no molestar". Cuando él llegó a la URSS, me buscaron los soviéticos para decirme: "Tu camarada tiene un cáncer generalizado, tenés que ir a verlo... pero no demasiado seguido para que no sospeche su gravedad".

Además, pensé, él tan conversador, y si está en una sala con solo rusos no tiene con quien charlar... Fui. Ya habían llamado a Zaira, la esposa, a la cual hacía poco tiempo se le había muerto una hija. Cuando lo fui a ver, Zaira ya había llegado y no podía evitar el llanto. Él, creyendo que ella lloraba por la hija, la consolaba. Y lo mandaron los rusos de vuelta a Costa Rica, donde sobrevivió unos pocos meses. Tenía sólo 55 años.

Pero lo sigo viendo y oyendo. ¡Era un gran personaje, todo nobleza, todo valor!

### DE LIMÓN A NUEVA YORK

(...) Un día cualquiera en Nueva York me encuentro de pronto en la calle con Manuel Mora. Era como encontrar una pulga en la selva brasileña. Había llegado con su gran romanticismo revolucionario, dispuesto a embarcarse para ir a combatir con las armas en España, y le costó mucho a los camaradas yanquis convencerlo de que no tenía sentido que un Secretario General de un Partido Comunista se arriesgara, cuando ya había miles de voluntarios en las Brigadas Internacionales.

Y en ese encuentro en Nueva York comenzó nuestra gran amistad que iba a durar toda la vida.

(...) Un día me preguntó cómo era la vida nocturna. Yo no la conocía porque era muy cara, pero lo llevé a un teatrillo de Broadway, en donde se acababa de iniciar, con enorme éxito, la novedad del momento: el *strip-tease*.

—¿Qué le parece? ¿Vamos a eso Manuel?

—Bueno, Joaquín, vamos —me dijo—. Es bueno conocer de todo.



Esta fotografía le fue tomada en Nueva York, en 1938.

El teatrillo lo repletaba un público rudo —en su mayoría marineros— que bramaba gritando obscenidades conforme las "estriptiseras" se iban desnudando. Pero la cosa subió de color y Manuel no aguantó más, y al salir me dijo que lo que en realidad le gustaría era comerse un tarro de melocotones, de esos grandes y rubicundos, marca Libby's. Esa fue nuestra gran parranda neoyorkina: comiendo melocotones en el cuarto de Manuel.

No olvido su última frase de esa noche:

—¡Joaquín! —me dijo con su voz lenta y ronca, después de meditarlo—. ¡Qué bueno es poder conversar!

Eso fue en 1937. Hace más de 60 años. Y como ya con Manuel no podemos volver a conversar, se me saltan las lágrimas escribiendo estas líneas.

\*\*\*

*Jamás me he arrepentido de haber llevado —y obligado a los míos a llevar— una vida trashumante, pues gracias a ella y a la diversidad de continentes, oficios, trabajos y cargos que he tenido, puedo ahora decir, citando a no recuerdo quién:*

*No he conocido nada, sino el mundo,  
No me ha pasado nada, sino la vida.  
¡Hasta luego, lector!*

Joaquín Gutiérrez

Adaptado por Yuri Lorena Jiménez con autorización de la Editorial de la Universidad de Costa Rica.

## ALGUNOS CAPÍTULOS

- Un chiquitín con suerte
- Mis abuelos y abuelas maternos
- Mis primeros cinco años
- Recuerdos infantiles
- Puntarenas
- Una horrible tragedia
- El primer beso
- Conversaciones al atardecer
- Bromas peligrosas
- De Limón a Nueva York
- El teatro Raventós
- Carlos Luis Fallas
- Manuel Mora
- Viajando con el ajedrez